

25

SERMÓN

PREDICADO POR EL

Pbro. D. Rafael Lira Infante

en la toma de hábito de su hermana

MARÍA ADELAIDA

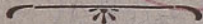
en el Monasterio del Buen Pastor



15 de Agosto de 1915.



Con licencia de la Autoridad Eclesiástica



7

== SANTIAGO DE CHILE ==
IMPRENTA CHILE
Calle de Morandé, N^{os}. 767-769
===== 1915 =====

16.553

SERMÓN

PREDICADO POR EL

Pbro. D. Rafael Lira Infante

en la toma de hábito de su hermana

MARÍA ADELAIDA

en el Monasterio del Buen Pastor

15 de Agosto de 1915.



Con licencia de la Autoridad Eclesiástica

== SANTIAGO DE CHILE ==
IMPRENTA CHILE
Calle de Morandé, N^{os}. 767-769
==== 1915 =====

16.553

208270



Ego sum Pastor bonus; et cognosco meas et cognoscunt me meæ. (Yo soy el Buen Pastor y conozco mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí). (San Juan X, 14).

Amados hermanos en N. S. J. C.:

Esparcidas por el mundo, sin guía y sin aprisco, sin alimentos que las confortaran ni manantiales que las refrigeraran, vagaban penosamente multitudes de ovejas que en vano trataban de saciar su hambre con pastos envenenados y de apagar su sed en fuentes emponzoñadas; próximas a perecer, enredadas entre zarzas y punzadoras espinas o caídas en profundos precipicios donde las condujo su imprudente temeridad.

Cuando el lobo furioso se aprestaba a devorar, sin resistencia, su presa codiciada; y perdidas sin natural remedio, balaban tristemente las ovejas por

doquiera, bajó del cielo compasivo el Hijo del Altísimo, imagen perfectísima de su hermosura y vistiéndose nuestro pobre ropaje, se dejó ver como el más hermoso de los hijos de los hombres; y en medio de los campos y llanuras que reverdecen y se alegran con su presencia soberana, tranquiliza a sus ovejas amadas, diciéndolas con sin igual dulzura y mansedumbre y con voz divina: «Yo soy el Buen Pastor», el Buen Pastor que vengo a reunir a las ovejas de mi redil en un aprisco delicioso y seguro; las llama con silbo amoroso; las busca por prados y por laderas, por montes y precipicios; y aunque mana su sangre y sus carnes se despedazan penetra entre las espinas y los abrojos en seguimiento de la oveja descarriada; y cuando logra encontrarla la toma amoroso entre sus brazos, la allega a su pecho, imprime en su frente ósculo de paz, la pone cariñoso sobre sus hombros y la conduce feliz al seguro aprisco; lleva en sus manos suavísimo callado, nó para castigar sinó para advertir a sus queridas ovejas los peligros del camino y volverlas a la senda verdadera, cuando de ella se apartaren; preparales pastos sabrosísimos, entregándoles por alimento su mismo cuerpo; las acerca a la roca abierta de su costado y allí las refriera con aguas saludables que saltan hasta la vida eterna; Pastor verdadero, se

desvive por todas y por cada una de sus ovejas, consagrándolas todos los instantes de su vida, vigi-lándolas cuidadoso, amaestrándolas con arte divino y en el colmo de su amor se entrega por ellas a muerte cruel para asegurarles vida eterna y abundante. Con razón podrá exclamar «yo soy el Buen Pastor, que doy mi vida por mis ovejas».

Afanoso por el bien de su rebaño busca imitadores entre sus mismas ovejas para que participen de sus trabajos, de sus fatigas y solícitos desvelos y para que tomen parte muy íntima en la misión sublime que vino a cumplir en la tierra.

Oveja de ese feliz rebaño, tú amada hermana, has sido corocida desde la eternidad por el Pastor que distingue a cada una de sus ovejas; sí, El te conoció cuando en su bondad infinita te predestinó a la vida y a los dones naturales con que pródigo te ha regalado; a la gracia que te ha conferido a manos llenas; a la santidad, redimiéndote con su Sangre, regenerándote con las aguas vivificadoras del bautismo y trayéndote a este asilo seguro donde se practica con la guarda de los consejos evangélicos; te llamó desde la eternidad a la misión sublime que hoy

comienzas, para que, como el Pastor Divino, ocuparas tu vida en la salvación de las almas; y te tiene predestinada a la gloria, que alcanzarás, no lo dudes, correspondiendo fielmente a tu vocación y divino llamamiento.

Y admiremos, hermana mía, con cuanta suavidad y dulzura ha conducido tus pasos el Señor que todo lo dispone suavemente: «disponit omnia suaviter»; (1) porque, ¿no fueron acaso indicios de tu futura misión aquellos trabajos apostólicos que practicaste en tu niñez, cuando pequeña reunías a las plantas de la gruta de María y adoctrinabas a niños pobres e ignorantes y les dabas a conocer las verdades salvadoras de la Religión?... ¿no recuerdas cuando la caridad te llevaba en tu mismo hogar a procurar consuelos y alivios a aquella alma noble y abnegada a la que recreabas y confortabas con la lectura amena de la vida de los santos?... ¿no ves como así desde tu infancia te venía amaestrando el Pastor Divino en el conocimiento y en la práctica de las virtudes y en la obra importantísima de salvar almas que más tarde había de confiarte en misión especial?

Y ¿quién puede dudar, hermana mía, que Dios preparaba asimismo tu porvenir cuando, como al

(1) Sabiduría VIII, 1.

antiguo Patriarca inspiró a tu inolvidable padre que subiera al Monte Santo, para que allí le levantara un altar y en él le inmolará a una de sus hijas amadas? Y ese Padre, afectuoso como pocos, con fé y abnegación inquebrantables subió y te condujo al Monte Santo, cuando te enseñó a conocer y a amar a esta benemérita Congregación, a la que crecimos respetando y admirando, cuando te refería las proezas de caridad con que la favorecieron tantos miembros ilustres de tu familia, ya regalándola con sus dádivas, ya sirviéndola como hijas preclaras, honrándola con sus virtudes y extendiendo por doquiera su acción bienhechora; cuando te mostró los encantos de esa vida de sacrificios y de abnegación de la religiosa del Buen Pastor, al traducir la obra que rememora los hechos y virtudes de su venerable fundadora; y en la que, como para alentarte te dejó dicho: «loado sea Dios que colma de bendiciones a las familias de los que confían en El y se consagran a servirle»; cuando en medio de sus variadas preocupaciones y constantes trabajos, encontraba tiempo para prestarse generoso a servir a las casas de esta Congregación, que miraba como algo muy íntimo y propio; y cuando todavía a pesar de sus congojas y fatigas, poco antes de morir, se ocupaba en poner en nuestra lengua la preciosa vida de esa

alma privilegiada Gertrudis del Divino Corazón, que bajo la santa y sabia regla de este instituto alcanzó unión íntima y estrechísima con el Esposo Celestial y escaló las alturas de la perfección.

Y con aquel presentimiento, que es propio del corazón de los padres, parece que preludiaba la dicha que hoy te embarga, cuando escribió hace diez años precisamente en este mismo día, en el prólogo de aquella obra, estas palabras que brotaran de su delicado y tierno corazón: «He bendecido a la Bondad Infinita que se digna comunicarse abiertamente a algunas almas fieles y elegírselas por sus predilectas esposas, para premiarlas desde la tierra sus virtudes, dirigiérlas por sí mismo y ponerlas de ejemplo y guía de los que marchamos por ásperos y engañosos senderos en busca de aquella Patria, en que, sin ambiciones ni recelos, sin angustias ni necesidades atormentadoras reinan la dulce paz y la constante alegría, seguras en el Seno del Altísimo».

Como ves, el altar quedó preparado por las manos cariñosas de tu Padre; y cuando tú con ingénuo sencillez le preguntaras: ¿dónde está, padre mío, la víctima para el Sacrificio?; él, con su corazón torturado, pudo responderte: ... Dios proveerá, hija mía; ... porque a la verdad, satisfecho el Omnipotente de la fe y de la abnegación de su siervo, que estaba dis-

puesto a sacrificar a sus hijas, tesoros de su corazón, en aras de su amor a Dios, le llamó a la Patria venturosa para darle premio indefectible...

Y por caminos trazados por los arcanos divinos has sido tú la víctima escogida para subir al altar de la inmolación;... y aquí están tu madre que, más fuerte que Sara, ha querido ascender a la montaña santa, para alabar y bendecir a su Dios al lado de la hija inmolada;... aquí está el Ministro del Señor pronto a ejecutar su ordenación... aquí tus hermanos, tu familia y tus amigos... Y cuando el sacrificio va a consumarse y, poseídos por hondos sentimientos, nuestros corazones no saben ocultar sus emociones,... yo veo aparecer entre nosotros la figura hermosísima de un ángel en carne humana que radiante de luz y de belleza y con aire de triunfo nos conforta con estas consoladoras palabras:... no lloreis; porque la joven que hoy por Voluntad Divina, muere para el mundo, nace para bienes más preciados y más estables, más nobles y elevados. Sí, es aquel tu santo protector, cuyo nombre desde hoy tomarás unido al de tu Salvador y al de tu Madre celestial;... es Estanislao de Koska que alborozado nos repite: «ad mayora nati sumus»...

Habrás notado, hermana mía, como el Pastor Divino te conoce y te distingue por oveja predilecta. Quiero ahora mostrarte como debes tú conocer a tu Pastor en esta nueva vida que comienzas; conocerlo en el instituto que abrazas, en las almas que te confíe, en las cruces con que te visite, en todas las circunstancias y en los instantes todos de tu vida; para que puedas realizar su deseo, de que sus ovejas le conozcan; et cognoscunt me meæ.

Bien comprenderás cuánta satisfacción experimento al poder recompensar hoy en parte siquiera las plegarias y los consejos provechosos con que tú me impulsaste a abrazar mi santa vocación; agradecido, te acompaño hoy de corazón, me uno íntimamente a todos tus sacrificios y deseo alentarte y conducirte de la mano, como Ministro del Señor, en el paso difícil que vas a dar.

Pero antes ayúdame, hermana carísima, a implorar los auxilios del Divino Espíritu para que, con unción de lo alto, acierte a dar a conocer la empresa nobilísima que vas a acometer. Permite Madre que en el día de tus glorias invoquemos tu poderosa protección.

Ave María.

Ego sum Pastor bonus; et cognosco meas et cognoscunt me meæ.—Yo soy el Buen Pastor y conozco mis ovejas y mis ovejas me conocen (San Juan X, 14).

Amados hermanos en N. S. J. C.:

Jesús, el Pastor Divino, que te ha prevenido con su gracia, dirigiéndote mirada bondadosa te ha dicho con dulzura irresistible: «sígueme»...y ven a apacentar las ovejas que te confíe;...y obedeciendo tú a la voz suavísima que resonó en tu corazón te encaminaste a esta casa.

Y cuando ibas a dar el paso por demás difícil de apartarte de los tuyos, el Señor con ternura de padre, te dió a gustar las dulzuras indecibles que se experimentan en el apostolado de la salvación de las almas, cuando permitió que, sin que tú le conocieras ni buscaras, llegara a implorar tu ayuda aquel pecador arrepentido a quien tú acompañaste a la Mesa Santa y confortaste con ejemplos, con plegarias y limosnas.

Y así fortalecida con esos consuelos inefables te fué menos dura la separación de aquellos a quienes amas, más llevadero el sacrificio y más se robusteció en tu corazón la resolución generosa de entrar

a vivir en los alcázares del Señor para consagrarte de lleno a su servicio. Y entraste en esta casa, que el Señor ha fabricado: «A Domino factum est istud». (1) Casa de oración y casa de sublime caridad. Porque aquí, hermanos, se cultiva, en verdad, el amor de Dios, ese amor que hace delirar y languidecer los corazones, que sostiene y que vivifica; y aquí se practica así mismo con admirable perfección la caridad más levantada para con el prójimo caído en la mayor miseria.

Las Religiosas de esta Congregación, en efecto, buscan sus fuerzas en la oración, en el trato íntimo con Dios; con sus plegarias roban los encantos a los cielos para distribuirlos después a las ovejas indigentes; bien podemos decir, que como hábiles abejas liban la miel dulcísima en las alturas de la contemplación y van a depositarla después generosas, con arte encantador, en el corazón de las almas débiles o enfermas que cuidan con maternal solicitud. Para imitar a aquel Señor que siendo rico, como nos lo dice el Apóstol, se hizo pobre por nosotros,

(1) Salmo 117.

para enriquecernos con su pobreza, se despojan de todo, por voto sagrado; se obligan por el de castidad a guardar incólume esa virtud y a mortificar sus carnes con ayunos y penitencias; y someten gustosas su voluntad a la voluntad de la superiora que miran como la voluntad de Dios, haciéndose así obedientes a semejanza del Salvador, que obedeció hasta la muerte y muerte de cruz.

Y así refrenados el mundo, el demonio y la carne, los más implacables enemigos de las almas, por medio de esos votos religiosos, se consagran tranquilas, como el Pastor Divino, a la obra de salvar las almas que fueron rescatadas con el precio de su Sangre; obra a la que se ligan por un voto especialísimo, constituyéndose así en verdaderos apóstoles, y en cooperadoras eficaces del Salvador de los hombres.

Penetradas del valor de ese apostolado las religiosas de esta Congregación, como solícitos pastores, buscan y cuidan a las ovejas del rebaño de Cristo; por eso, con infatigable tesón, procuran preservar a las puras e inocentes de los lazos que el mundo les tiende; por eso también van por rocas y precipicios en busca de ovejas descarriadas que incautas cayeron en las redes del pecado; y llamándolas con silbos de amor, las estrechan entre sus

brazos maternales, las regalan con sus puras caricias, las alientan con promesas consoladoras, las cargan sobre sus hombros, las devuelven al tranquilo redil y allí las presentan al Pastor Celestial, que al verlas arrependidas les tiende sus brazos y las recibe cariñoso en los pliegues recónditos de su bondadoso Corazón; y aquellas ovejas, agradecidas, suben por la penitencia de perfección en perfección hasta llegar a las alturas del monte donde se respiran las suaves brisas de la santidad y del puro amor a Dios; y oyendo consoladas que se les ha perdonado mucho porque han amado mucho, llegan a ser dignas émulas de las vírgenes del Carmelo; y podrán, como Magdalena, acompañar de cerca a Jesús en sus dolores, en íntima unión, al lado del Discípulo Virgen.

Escudadas por el Dios Omnipotente que las inspira y conforta, alimentadas con el pan de los fuertes, no temen las Religiosas del Buen Pastor acercarse a curar las llagas de sus ovejas, por espantosas que aquellas sean; pasarán por sobre ellas como si no pasaran, y sólo se detendrán para contemplar a esas almas inmortales que fueron criadas por el Omnipotente a su imagen y semejanza, y redimidas, nó con oro ni con plata, sino con la Sangre preciosísima del Cordero Inmaculado, Cristo Jesús. He ahí el

secreto de su heroico valor; aman a Jesús y por eso aman también las almas que tan caro le costaron y que tanto ansía por salvar.

Esa es la obra sublime en que te has de ocupar, hermana carísima, obra la más agradable y digna que puedes ofrecer a la Divina Majestad, porque, como bien lo comprendes, un alma vale la sangre y la vida de un Dios; obra que cuando es ejercitada con verdadera caridad es superior al mismo martirio, al decir del Crisóstomo; obra que no es otra sino aquella misma que vino a consumir en la tierra el Hijo de Dios Humanado; y por eso San Dionisio no trepida en afirmar que la más divina de cuantas obras es dado al hombre realizar, es la de cooperar con Dios a la salvación de las almas; de aquí que la Mística Doctora Teresa de Jesús haya podido escribir que más a envidia la excitaba el apóstol que el mártir.

Prepárate con ardor a tan noble y santa misión, durante los años de prueba a que la Iglesia te sujeta. La oración, la meditación, el estudio práctico de la perfección y sobre todo de la más completa abnegación de tí misma; la reforma valerosa de las viciosas

inclinaciones de la naturaleza; el combate perenne y leal contra el anhelo de vanos honores y de mentidos placeres; la práctica habitual de los ejercicios espirituales y la conversación con Dios; el conocimiento de todo un mundo escondido en el fondo del alma y de una vida puramente superior, hé aquí, hermana querida, en lo que has de emplear las horas de tu noviciado.

Para que llegues a ser perfecta Religiosa has de amar cordialmente las virtudes que corresponden a los votos que hayas de formular cuando, terminada la prueba, celebres tus desposorios con el Esposo Celestial; porque solo el amor a esas virtudes puede darte la fidelidad y la constancia para practicarlas.

Sólo el amor en efecto poseerá el secreto de hacer de la pobreza tu tesoro, de la castidad tus delicias y de la obediencia tu gloria. La pobreza te lleva a contentarte con poco; el amor a la pobreza a querer ser de todo despojada. La castidad a huir de los deleites que la corrompen; el amor a la castidad, a abrazar las mortificaciones que la conservan. La obediencia a hacer lo que manda el superior; y el amor a la obediencia a no querer más que lo que él quisiere y del modo que lo quiera.

El ideal de la perfección que has de tener siempre a la vista es la infinita santidad de Dios y el ejem-

plo de Nuestro Señor Jesucristo; y para procurarla has de comenzar por arraigar en tu alma un profundo odio al pecado y una grande estima de la virtud, a la que has de mirar en más que todos los tesoros de la tierra y que todas las perlas preciosas; has de persuadirte, que por su ejercicio, aunque sea en el ínfimo grado, ofreces a Dios un homenaje más grato y glorioso que si le presentaras millares de mundos de más magnificencia y esplendor que el que te sirve de habitación.

Aquí todo está preparado para tu santificación; la compañía y el ejemplo de tus hermanas, el silencio, las austeridades de la regla, la santa pobreza, la obediencia y la oración.

Sométete dócilmente a la voluntad de las superiores, recordando que el obediente, según lo afirman los libros santos, todo lo vence; y graba en tu alma la sabia máxima de San Estanislao de que más vale hacer cosas pequeñas por obediencia que cosas grandes y aún milagros por propia voluntad. Así lo entendía también la Venerable Fundadora de esta Congregación, y por eso quiere que como la yedra se adhiere a la encina, así sus Religiosas se adhieran a la obediencia; y las anima a que vuelen con valor

y sin examen allí donde la obediencia las envíe, seguras de que el cielo las bendecirá. La regla, agrega, es estrella que conduce al cielo, es columna de fuego que alumbra entre las tinieblas a la Religiosa que la obedece con fidelidad.

Abrázate con amor a la pobreza, que fué el tesoro que para sí escogió en la tierra el Dueño del universo; y no olvides que en la pobreza encontrarás todas las riquezas; porque es muy cierto lo que advierte la Venerable Madre Fundadora, de que aquel que nada tiene todo lo posee, porque Dios mismo se constituye por su herencia: «ego ero merces tua magna nimis»; por eso alienta tu corazón para que con santo ardor repitas, al cambiar tus vestiduras del mundo por el hábito modesto de la Religiosa de Cristo: «Regnum mundi et onmem ornatum sæculi contempsi propter amorem Domini Jesu Christi, quem vidi, quem amavi, in quem credidi, quem dilexci: He despreciado el reino del mundo y las pompas del siglo por amor a Jesucristo, a quien ví, a quien amé, en quien creí y al que me he unido.

Piensa sólo en complacer al Señor y así te conservarás, al decir de San Pablo, santa de cuerpo y de espíritu, para guardar intacto el tesoro de tu virginidad.

Acepta gustosa las cruces y los sufrimientos con que el Señor te visite, recordando que según tu hermana Sor María Gertrudis del Sagrado Corazón «para amar hay que sufrir y para sufrir hay que amar»; y así lograrás experimentar en tí misma lo que a ella prometió Nuestro Señor: «en medio de tus mayores penas, estaré contigo» de tal modo que le fué tan dulce y sabroso a esa bellísima alma el sufrimiento, que exclamaba: «sufro de no poder sufrir más». Sostenga tu paciencia en las cruces que se te han de presentar la sentencia que se complacía en recordar la Venerable Madre Pelletier: «la gracia es fruto de la cruz».

Y como ella, vuela en las pruebas y aflicciones a los pies del Tabernáculo; aquí encontrarás el consuelo verdadero, la paz inefable, aquí las fuerzas necesarias; y como la paloma hace su nido en la abertura de la roca, establece el tuyo en la abertura del costado amoroso de Cristo, y en El hallarás aliento y valor; porque bien podemos preguntar con la recordada hermana María Gertrudis: ¿caso el Dios Sapientísimo no sabrá o no podrá por ventura alegrar el destierro de sus esposas?...

Ama como Cristo a las almas que se confían a tus cuidados; vela por ellas incesantemente, que ellas a su vez clamarán a tu favor ante aquel Señor

generoso que no deja sin recompensa ni el menor de los servicios que se hagan a sus pequeñuelos. Y sí a veces con tu corazón afligido hubieres de ver a las pobres niñas que dirijas, cubiertas con el polvo del mundo, haz como te lo recomienda tu Madre en Religión, lo de aquella santa mujer que tomó su velo y enjugó la faz del Divino Maestro; y te será dado contemplar entonces, gozosa, sobre esas frentes, antes cubiertas de lodo, la Sangre de Jesucristo, que las habrá purificado.

Consuela, ama, fortifica a esas ovejas enfermas; procura con todas veras hacerlas felices, con la gracia de Dios; tal es tu deber; tal la voluntad de la fundadora de este instituto, que al morir no cesaba de repetir a sus hijas: «Cuidad bien a nuestras queridas penitentes y a nuestras pobres niñas», tal es finalmente la voluntad de Dios: «amaos los unos a los otros y permaneced en la caridad: manete in dilectione.

Asienta toda tu vida espiritual en la humildad verdadera, sin olvidar que por esta hermosísima virtud fué María aclamada bienaventurada por todas las generaciones. «*Quia respexit, humilitatem ancillæ suæ; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*».

Finalmente no has de pensar en otra cosa que en corresponder con fidelidad a la gracia de tu vocación; y así tu cuerpo con sus movimientos y tu alma con sus potencias han de glorificar al Señor en todas sus manifestaciones, hasta que llegues a pensar, a querer, a recordar, a obrar sólo para Dios; y cuando no puedas glorificarle por tus obras como quisieras, glorifícale por el ardor de tus deseos.

De este modo, habrás realizado los designios del Pastor Divino; como oveja fiel le habrás conocido en tu Congregación, cumpliendo su Voluntad; en tu alma santificándola y en las almas de tus hermanas sacrificándote por salvarlas. Y en recompensa recibirás eterno galardón, corona inmortal y dicha abundantísima que no guardarán proporción con las penas y sufrimientos cortos y pasajeros de este desierto.

Que el aroma de tu sacrificio penetre a los cielos, llegue hasta el Trono del Altísimo y que repartiéndose por las bóvedas celestes vaya a glorificar a nuestro inolvidable padre y a nuestros deudos queridos y que caiga así mismo como saludable refrigerio a las almas que se purifican en el lugar de expiación...

Participa del fruto de ese sacrificio a tu madre amada, a tus hermanos, al venerable sacerdote y apóstol infatigable de la milicia de Jesús, tesoro carísimo de los suyos, que salvando distancias y venciendo dificultades, ha querido asociarse a tu inmolación, ofreciendo en el altar, con ejemplar fervor y devoción, la Víctima pura, santa e inmaculada; participa así mismo de sus frutos a todos tus parientes y amigos y a todos los presentes. No olvides que de corazón te acompaña y desde lejos sigue con ávida mirada todos tus pasos, una venerable Religiosa, que es honra de la Congregación y de tu familia; para ella un recuerdo especialísimo.

Ha querido el cielo que comiences tu nueva vida en el día que siempre tanto has venerado, porque es la fiesta de las glorias y de los triunfos de María, que es Madre de nuestro Dios y nuestra Madre y que desde hoy será para tí por nuevo título tu protectora, tu Reina y tu Madre muy amada.

Si Estanislao, tu patrono, logró alcanzar la gracia de llegar para este día a los tabernáculos eternos, para unirse a las alabanzas que se entonan a la Reina del Universo, tú has logrado también en este

mismo día glorioso, ingresar a las moradas deliciosas del Señor en la tierra para unir tu voz a la de las esposas del cordero y vestir el hábito preciado de las imitadoras de María, que es Reina amada de tu instituto; y conmemoras así mismo dignamente la fecha gloriosa en que la Congregación del Buen Pastor erigió su primera casa en nuestra patria carísima.

Y tú ¡oh madre mil veces feliz! recibe nuestros parabienes... a tu lado hijas cariñosas alegrarán tus días; y desde ahora recordarás complacida que bajo tus alas maternas se formaron y crecieron y que desde allí salieron, una paloma que ha ido a establecer su nido en la cumbre del Carmelo para entoñar arrullos de amor al Dios de las alturas y una pastorcilla que irá por valles y montes cautivando ovejas para su Divino Pastor; .. todos tus hijos en coro te aclamaremos, dichosísima.

Terminaré con la tierna y sentida plegaria que a la Madre de los cielos dirigiera por sus hijas tan amadas la Venerable Madre Pelletier: «María, oh

Vos más bella que la luna, más brillante que la estrella que guía a mis hijas, bendecidlas, protegedlas contra los escollos, amansad las olas a su paso y conducidlas seguras al puerto».

Acepta, Madre amada, a esta joven, que en la fiesta de tus glorias, te ofrecemos para unirnos así a los homenajes con que el cielo te saluda; que su sacrificio, valorizado por los méritos de tu Hijo Divino, nos alcance la gracia de que un día reunidos a tu lado, celebremos regocijados tus triunfos; y para siempre te aclamemos por nuestra Reina y nuestra Madre.



